

En esos campos jugamos a volar

Victor Jairo
Chinchilla

25

Los niños crearon el ringlete para volar

El estudio sobre el juego me trasladó a los juegos de la niñez en la Vereda San Jorge a 2900 metros sobre el nivel del mar donde, por estar más cerca del sol, hace más frío. Sin radio ni televisión que controlaran nuestros sueños, todo era susceptible de convertirse en juego o en materia de juego. Amábamos nuestros propios espectáculos de drama, baile y canción. Los animales, que formaban parte de la familia, eran los actores de grandes enredos tejidos en la imaginación: enredos amorosos entre las gallinas, las pollas y el gallo de corral; correspondencia de secretos con el perro de la casa que sabía de nuestras travesuras; viajes imaginarios en el jumento que cargaba el mercado y el agua. Nos rodeaban personajes de la literatura como Agamenón, rey de guerreros: un fornido torete; políticos en el exilio, como Trosky: el perro amarillo, o emperadores locos, como Nerón: el gozque de mi tío.

Entre los juegos de la niñez que recuerdo de manera especial están: el ringlete para volar y el aro para perseguir el viento.

En aquellas lomas tan cercanas al cielo, aprendimos a dibujar con la mirada la Osa Mayor, la Cruz del Sur, el Centauro y el León y nos estremecimos con las historias de las estrellas fugaces que contaba el abuelo. Nuestro anhelo era volar. Lo más cercano al vuelo eran las hojas que se desprendían de los árboles, los pájaros y los aviones a lo lejos. Ensayamos muchas formas de volar saltando entre el tamo del trigo, pasándonos de un árbol a otro en el monte, brincando desde la punta de los postes, impulsándonos sobre las matas del jardín. Pero lo que nos hacía volar era el ringlete.

Tras una veloz carrera de impulso las poderosas aspas del ringlete cortaban el viento y nos llevaban sobre las copas de los tres pinos de La Laguna hasta las nubes, desde donde se contemplaba la extensión de la sabana, la laguna multicolor de Ácalis, el humo azul de las casas a las cinco de la tarde, hora en que se comienza a preparar la cena; los tejados coloniales, las montañas en el horizonte. Volteábamos en múltiples curvas para dar forma al movimiento, dábamos sonido a los motores y los labios marcaban la intensidad y la velocidad. íbamos muy lejos hasta la Arenera, hasta el Hueco. Nos emocionaba la libertad de ser como pájaros.

En ringlete hacíamos los mandados en menor tiempo y sin rezongar. No había tiendas cercanas y el mercado se hacía cada ocho días, los martes. Salíamos a encontrar a la madre que llegaba con sus talegos de pan fresco, de

* Trabajo elaborado en el Seminario sobre el juego, dirigido por el profesor Felipe Prieto, en la Especialización en pedagogía y didáctica de la educación física.

liberales azucarados, de botellitas de chocolate con almíbar. El ringlete nos conducía a su encuentro a toda

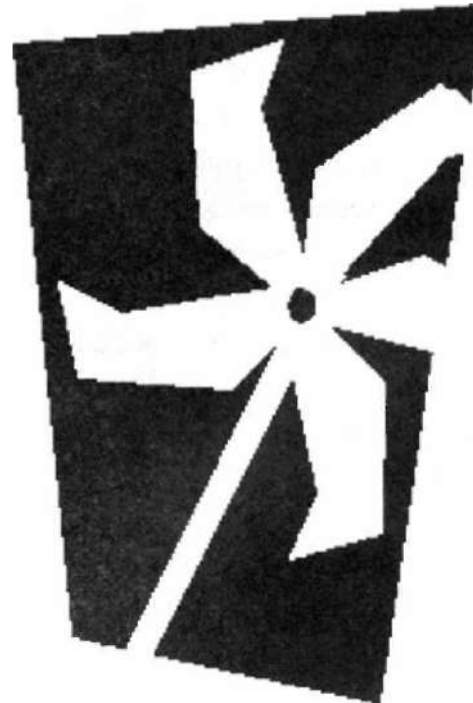
mecha, el tiempo soplaba en nuestras orejas, los pies flotaban. No pocas veces el cuerpo en su impulso chocaba con la tierra, pero así perfeccionamos la destreza de manejar tan mágico aparato. Las manos conocieron los secretos de las corrientes del viento, los pies aprendieron a frenar e impulsarse. Y sufrimos con paciencia en las subidas de las lomas, las cuales nos regresaban a la tierra.

Por toda esta alegría disculpo al voraz eucalipto que todo lo seca, porque de sus hojas hacíamos los ringletes...sus poderosas aspas nos elevaban sobre las copas de los árboles llevándonos muy cerca de las nubes.

El aro para perseguir al viento

El aro era otra cosa. Nos lo conseguía nuestro padre, todavía no sé dónde. Era un juguete restringido por la severidad materna; dormía en un rincón mientras se presentaba la oportunidad. Llegada ésta, salíamos tras él en persecución del viento, su paso dibujaba una línea sobre el camino que bordeaba el monte, era recta por ser conducida por las manos de un experto. A veces, el aro se adelantaba y nosotros tras él lo llamábamos, pero sin obedecer se impulsaba sobre las cercas con gran estruendo. Al fin, en el fondo de la planada, nos aguardaba extenuado. Había aros flacos, rápidos y

brincones, y uno supergordo que era un terror emocionante cuando tomaba impulso. De regreso, loma arriba, lo apretábamos cariñosamente como a un perro cansado. A veces nos tirábamos a la orilla del camino dentro del aro y nos quedábamos mirando correr las nubes; otras, lo apoyábamos contra el barranco a manera de escalera para treparnos a los palos de manguitos. Con el aro alcanzamos el viento y a veces lo pasamos, y



con él corrimos mucho para no ser alcanzados por el aguacero que gruñía a nuestra espalda.

El aro era escondido para que hubiese tiempo para hacer

el oficio. Pero siempre esperábamos el momento en que nos decían: "Mijo, coja su aro y vaya hasta la tienda... ¡pero córrale!"